



**CARTILLAS**  
**DE**  
**DIVULGACION ECUATORIANA**

**Nº 7**



**EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — 1976**



**SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA  
DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA**

---

**EDUARDO N. MARTINEZ**  
(NALO)

Intervención del Gobierno de  
Alfaro en la Guerra de los  
Mil Días de Colombia



**EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — 1976**





**ELOY ALFARO**



El Carchi y el país en general, van a soportar la tercera invasión organizada, como las dos anteriores (Cabras, Mayo de 1896 y Taya, Diciembre de 1898) por los dirigentes conservadores emigrados en el Sur de Colombia: Dr. Aparicio Ribadeneira, Dositeo Noboa, los Daste, Coronel Ricardo Cornejo y Antonio Grijalva Patiño, Comandantes Alejandro Ponce Elizalde y Arcenio Navarrete, quienes habían establecido su cuartel general en la ciudad de Pasto.

Esta última invasión tuvo su desenlace en Chimborazo (Enero de 1899) en favor de las armas liberales comandadas por el General Rafael Arellano, por lo que el Partido Liberal Radical se consolidó en el Gobierno de la República.

Hay que saber, desde luego, que esta tercera invasión contó no sólo con la complacencia de las autoridades de Pasto y Túquerres, sino lo que es más, con el apoyo directo del Gobierno colombiano.

Pues, para esta acción los emigrados conservadores ya antes habían conferenciado con los jefes militares de ese país, y —según el autor de Memorias Históricas, Miguel González Páez— el General colombiano Dominguez les mostró partes telegráficos de Bogotá, y uno de ellos decía:

“Gobierno da gran atención causa Ecuador por común interés Colombia. Comunique Ministro Ribadeneira: Gobierno resuelto defenderse **Pacto Amapala**, de hacer guerra repúblicas. Advierta política ecuatorianos constitucionales, actúa círculo reducido. Ribadeneira ensanche actuación, crédito es grande: esperamos ver modo operar, para más considerar. Extrañeza no se entienda directamente con Gobierno, perdiendo tiempo, dejándose engañar de autoridades subalternas”.



Interesa conocer, entonces, en qué consistía el **Pacto Amapala**, que provocaba acaso justificado temor de parte del Gobierno colombiano.

Por referencias del mismo autor de *Memorias Históricas* se conoce que en Nicaragua, en 1894, previo juramento, al terminar un cónclave de líderes revolucionarios celebrado en Amapala, puerto de Honduras en el golfo de Fonseca, firmaron un compromiso con el nombre de **Pacto de Amapala**, los Generales Cipriano Castro, Presidente de Venezuela; José Santos Zelaya, Presidente de Nicaragua; Eloy Alfaro, ecuatoriano, y Uribe Uribe, Vargas Santos y Benjamín Herrera, colombianos, comprometiéndose todos ellos a prestarse recíprocamente auxilios para destruir los gobiernos conservadores que eran teocráticos, con el objeto de formar una común causa política, revolucionando los pueblos con todo medio que a mano hubiere hasta alcanzar el triunfo en Ecuador, Colombia y Costa Rica.

Desde luego confiesa el mencionado autor: "Nosotros inquirimos con afán por obtener el texto íntegro del Pacto —que, según dice pertenecía a la Masonería—, creyendo que hubiese sido publicado en la prensa del Istmo o de Nicaragua; más, nuestra indagación resultó fallida, y fue por eso que no pudimos conocer los alcances contenidos en ese documento".

Pero para el criterio conservador ese Pacto existía, y aún más, Alfaro debía cumplirlo, una vez que logró instaurar el régimen liberal-radical en nuestro país, y estaba destruyendo los últimos bastiones de la teocracia graciana. De allí el temor del Gobierno colombiano, por lo cual tomaba todas las providencias del caso para evitar la menor influencia en su territorio, y una de ellas era ayudar directamente a los jefes conservadores que habían desatado, con tanta violencia y fanatismo, la guerra civil religiosa, pretendiendo destruir el Gobierno alfarista.

Y ahora el escenario cambia radicalmente, porque fracasadas las tres invasiones ya indicadas en el territorio ecuatoriano, se presenta la revolución liberal en Colombia, en Octubre de 1899.

Como antecedente cabe mencionar que una de las preocupaciones básicas de Alfaro —anota Pareja Diezcanseco— fue la Gran Colombia. Seguía el itinerario de Bolívar con una lealtad y un fervor de predes-

tinado a pensar en grande. Naturalmente, soñaba con una Gran Colombia, sin conservadores, limpia de obstáculos al progreso. El vuelo de las ideas políticas continentales se hallaba en el Viejo Luchador, vinculado a la filosofía de la libertad. ¿Era acaso la inspiración del Pacto de Amapala?

Y ocupándonos ya de la revolución liberal de Colombia, una vez estallada en el Norte de ese país, el 19 de Octubre de 1899, se hizo presente en Ipiales el General Miguel María Villota. Reunió a unos sesenta liberales para indicarles que, como se había declarado en estado de sitio la República por causa de un movimiento bélico liberal producido en el Departamento de Santander, les exigía la declaración expresa y formal de que no tomarían parte directa ni indirectamente en la guerra, y para cumplimiento de cuya promesa debían firmar un acta. Leída ésta por el Prefecto, entonces el Dr. José María Llorente, prestigioso liberal ipialeño, en forma elocuente y hondamente conmovido por semejante atentado a la dignidad humana, expresó un NO rotundo a las condiciones del ominoso compromiso que se le presentaba a su firma. "Yo no puedo ni debo aceptar aún a costa de mi vida, ni menos aconsejar a que mis correligionarios que acepten el compromiso, ni tácito ni expreso, del huir del peligro ni abandonar a sus compañeros de armas que se sacrifican en los campos de batalla en defensa de las doctrinas liberales", dijo con aprobación entusiasta de sus compañeros. (Leonidas Coral, La Guerra de los Mil Días en el Sur de Colombia).

Como era de esperarse, el General Villota ordenó la prisión del Dr. Llorente, a quien se le concedió 48 horas de término para ponerse en viaje a Pasto, y se le obligó una fianza de 1.000 pesos. Pero al día siguiente burlaba la orden y luego de sortear la travesía del río Carchi debido a una peligrosa creciente, el dirigente liberal estaba en Tulcán, junto con varios correligionarios suyos, entre los que se contaba el autor del libro citado, Leonidas Coral.

Inmediatamente se cruzan telegramas con el General Alfaro: "Saludo en Ud. uno de los apóstoles de la democracia en la patria de Santander. Palpito con el deseo de Ud. y sus compañeros de que las ideas de libertad sean comunes y victoriosas en todo el continente americano. Que su permanencia en tierra ecuatoriana disfrute de las garantías que otorgan a huéspedes de honor los pueblos libres y civilizados

de la tierra", le decía Alfaro al Dr. Llorente. Y encargó a su Ministro en Bogotá, Luis F. Carbo, la delicada misión de cooperar con los liberales en la guerra civil colombiana.

Estamos, por lo mismo, en una nueva face de los acontecimientos políticos que se inician en la frontera colombo-ecuatoriana, con la participación de ambos gobiernos para dirimir principios ideológicos. Situación, por lo demás, proclive a un conflicto internacional.

Inspirado por el ideal de constituir una Gran Colombia Liberal, Alfaro ordena la entrega de armas y municiones a los dirigentes colombianos e instruye a los Gobernadores de Imbabura y Carchi para que prestaren toda clase de auxilios al fácil transporte de los elementos de guerra a la frontera. Y al General Rafael Arellano para que, con el jefe colombiano Juan Bautista González Garro, organizara cuarteles, en cuya tarea intervienen el Dr. Llorente, Julio Thomas, Juan de Dios Uribe, Camilo A. Alvarez, José Félix Mata, Julio E. Delgado, es decir, los principales liberales colombianos emigrados en el Ecuador. Y en efecto, se organizan los batallones César Conto, Juancho Uribe, Tolimas, de gente colombiana, y la Columna Alfaro, de "pupos" carchenses.

El Gobierno colombiano, por su parte, desde los primeros días de Enero de 1900, desarrolló febril actividad en Pasto, Túquerres e Ipiales, y luego movilizó sus fuerzas desde Cali y Popayán hacia la frontera meridional, bajo la inmediata dirección del General Lucio Velasco.

La primera expedición colombiana liberal atravesó la línea divisoria el 12 de Febrero de 1900. Luego otras, con el objeto de ponerse en contacto con los revolucionarios de Tumaco y Barbacoas, al mando de los Generales Simón Chaux, Julio Plaza, Juan Jacobo Restrepo y Roberto Payán, las que después de varias evoluciones se encontraron, al fin, con el ejército legitimista del General Velasco en Simancas-Cascajal, el 23 de Enero, siendo derrotadas.

Este desastre se atribuyó, entre otras causas, a la mala organización de las tropas con tantos Generales y pocos veteranos, a la variedad de armas que recibieron y a su antigüedad. En todo caso, lamentando que si este combate hubiese sido favorable a las armas liberales, de hecho habría tenido trascendencia en la victoria definitiva en todo Colombia. Pero la verdad fue que la derrota en Simancas-Cascajal constituyó un serio golpe para la revolución liberal, y lo más gra-

ve que la peor parte cupo a los ecuatorianos, por los heridos y prisioneros caídos en la lucha.

Luego viene el ataque a Ipiales, juzgando que la toma de esa plaza decidiría el triunfo de la revolución en el Cauca. Salieron las tropas colombianas de Tulcán, apoyando los movimientos; los jefes ecuatorianos colocaron tres unidades en las alturas de Rumichaca. Como la fuerza ecuatoriana fue agredida, en el calor del combate se lanzó a la toma de Ipiales, siendo ocupada esta plaza el 29 y 30 de Marzo.

Pero el General Arellano advirtió ese momento que Alfaro jamás había ordenado pasar la frontera, ni menos la ocupación de Ipiales; de ahí la orden de retirada a la fuerza del Ecuador. Naturalmente, esa terminante disposición no alcanzaba a los colombianos, quienes debían seguir en posesión de dicha ciudad, lo cual no ocurrió, causando un desbande general de los expedicionarios.

La toma de Ipiales ocasionó, como es natural, reclamaciones del Gobierno del Dr. Sanclemente. Quito y Bogotá entran en protocolos de arreglo entre sus Gobiernos para evitar una guerra internacional y, el General Arellano fue llamado a Quito, como satisfacción perentoria, y aún se nombra una comisión que instruiría el sumario correspondiente.

El ejército ecuatoriano se replegó a San Gabriel y se cambió de jefes. El Coronel Pedro Pablo Echeverría fue el nuevo Jefe de Operaciones y Subjefe, el Teniente Coronel Elías Troncoso. En esta forma la División del Norte volvió a ocupar Tulcán.

Ahora entran en actividad los jefes conservadores que habían vuelto a Colombia después de la derrota de Chimborazo. Nuevamente despliegan la conocida propaganda religiosa para combatir al Gobierno alfarista aprovechando, sin duda, el descalabro de los revolucionarios liberales en el Sur de su país.

Al respecto, José Peralta denuncia, con la entereza y la convicción radicales que le caracterizaban, que "el furor del clericalismo no reconoció diques y desbordose a la manera de un torrente de lava ígnea que incendió toda la República. Los obispos anatematizaron todas las reformas (sobre todo la separación absoluta de la Iglesia y el Estado), calificándolas de impías y heréticas, de atentados monstruosos contra la Religión y la Divinidad misma, y en Cartas Pastorales y exhortaciones al pueblo, señalaban al Presidente y a sus Ministros, a los legis-

ladores y demás liberales, como foragidos que se debía combatir, sin tregua ni descanso, en defensa de la heredad del Señor.

Y añade: "Hasta las monjas contribuyeron con sus caudales para la guerra fratricida; y se colocaron publicamente en los mercados de los pueblos colombianos fronterizos, vasos sagrados, candeleros de plata, copas de oro, casullas, etc., a fin de acumular fondos para el enganche de los soldados de la fe, a los que iba a reclutar el fanatismo al otro lado del Carchi, entre esas como hordas hambriadas que la frailería de Pasto no cesó en lanzar sobre el Ecuador". (José Peralta, Eloy Alfaro y sus Victimarios).

Por su parte, Leonidas Coral anota que "Las pastorales del Obispo de Pasto, Fray Ezequiel Moreno Díaz, los folletos de Shumacher, ex-Obispo de Portoviejo, proclamaban la invasión al Ecuador como guerra santa. "Deus lo Volt! Dios lo quiere, exclamaban sentenciosamente en documentos eclesiásticos y en hojas sueltas y periódicos. Se equiparó la proyectada invasión de las fuerzas del Sur a la República hermana como Guerra de las Cruzadas".

Es que en términos exactos el gamonalismo feudal de la Sierra, que había dominado la República por tantos años, veía en el Gobierno de Alfaro terminarse su poderío económico y social, y de allí es que apeló a excitar el fanatismo religioso entre las masas ignaras, como su más poderosa arma de ataque.

Y en una hoja volante titulada "La suerte está echada", editada en Pasto, en Abril de 1900, pocos días antes de la invasión al Ecuador, se lee:

"De consiguiente si no el Gobierno nuestro, por cualquier motivo, los pueblos de nuestra Nación, inspirándose sobre todo en las tradiciones inmortales de aquellas legendarias épocas de nuestra historia que nos traen a la mente ese exaltado patriotismo viril de nuestros mayores; los pueblos de nuestra Nación, decimos, obrando por su cuenta, deben tratar de remover, a todo trance, aquel grave obstáculo del Gobierno de Alfaro que, como queda dicho, y debe repetirse, evidentemente se opone a la realización de los altos trascendentales destinos a que está llamada nuestra nacionalidad en lo porvenir, por la misericordia de Dios.

"Todo lo cual, en términos concretos y claros quiere

decir que el Gobierno de Alfaro, ese Gobierno asentado sobre la base de crímenes inauditos sin cuento, y contra la opinión de la mayoría del pueblo ecuatoriano establecido, debe caer en el Ecuador irremisiblemente. Urge que caiga ese Gobierno para asegurar así la paz y el progreso de nuestra Patria. ALEA JACTA EST!

“La hora presente, después de lo acontecido, no es ya de las contempORIZACIONES, ni de la conciliación, ni de los insustanciales formulismos diplomáticos. Es por el contrario, la hora de las determinaciones supremas de los nobles y viriles impulsos patrióticos. Es, en una palabra, y para decirlo todo, la hora del castigo implacable y severo; la hora de la justicia soberanamente inflexible!

“La suerte está echada! Pueblos del Sur de Colombia aprestados a la lucha que ya se acerca; lucha por los sacrosantos fueros de nuestra nacionalidad; lucha mil veces bendita y que deben anhelarla —sí que la anhelan— por fortuna todos aquellos de nuestros compatriotas en cuyos corazones hay culto ferviente y constante para Dios, para la Patria y para el Derecho.— Alea Jacta Est! —Pasto, Abril de 1900”.

Todo estaba, pues, sincronizado para desatar otra invasión aún más formidable, con renovados elementos y con un plan mejor, aleccionados por las duras experiencias últimas. La expectativa era angustiosa. El Gobierno estaba resuelto a defenderse con decisión y patriotismo de la invasión colombo-ecuatoriana que conturbaba la mente conservadora con el sueño de la “revancha”.

En este estado de cosas, recordamos que el Coronel Pedro Pablo Echeverría era el nuevo Jefe de operaciones del Norte con residencia en Tulcán, y como Subjefe estaba el Teniente Coronel Elías Troncoso, quien, años después, publicó un interesante folleto sobre los acontecimientos político-militares de esta época. (Elías Troncoso Barba. La Campaña de 1900 en Tulcán).

Cedemos, pues, la palabra al Teniente Coronel Troncoso por cuanto en nuestro concepto, vale la pena conocer de primera mano la relación del célebre combate de Tulcán del 22 de Mayo de 1900, ya que reviste especial importancia por ser acción de guerra internacional no declarada.



“La invasión, se nos decía que pasaba de 4.500 hombres entre ecuatorianos y colombianos, mandados por los Generales de Colombia: Lucio Velasco, Gustavo Guerrero y Cayetano Mazuera, y los del Ecuador por Sarasti y los Coroneles Cornejo y Escandón. Oigamos al Sr. Wilfrido Loor: “Fue en ese momento histórico cuando los conservadores ecuatorianos confiados en el apoyo de los conservadores colombianos, atacaron la plaza de Tulcán el 22 de Mayo de 1900. Contra lo que se esperaba, fueron derrotados”. (Estudios Históricos - 1933).

“Nuestras fuerzas estaban formadas por el N° 1 “Vencedores” (300), “Pichincha” N° 3 (246), con el “Carchi” N° 7 (380), la Columna “Alfaro” con (200), y la fracción de Artillería “Esmeraldas” con una pieza Krup (20). Total 1.146 soldados. Comando: el Coronel Pedro Pablo Echeverría, Jefe de Operaciones; Teniente Coronel Elías Troncoso, Jefe de Estado Mayor; Coronel Juan F. Navarro, Jefe del N° 1 “Vencedores”; Coronel Ulpiano Páez, Jefe del “Pichincha” N° 3; Teniente Coronel Ezequiel Abad, Jefe del “Carchi” N° 7; Teniente Coronel Aparicio Burbano, Jefe de la Columna “Alfaro”, y Capitán Alfonso Silva, del piquete de Artillería “Esmeraldas”; Guarda Parque, Comandante Facundo Acosta; Comisario de Guerra, Mayor Alejandro Kennedy. También se sumaron para la defensa de la plaza 300 auxiliares colombianos, comandados por el Coronel José Félix Mata y el Mayor Belisario Ibáñez, los que custodiaban el río Bobo, en el paso de San Francisco.

“A las cinco de la mañana del 22 de Mayo se rompieron los fuegos con nuestras avanzadas de la Ollería. El Coronel Echeverría dispuso que los destacamentos del “Carchi” N° 7 del Tajamar y el Ejido se dieran la mano con la línea que cubría el N° 1 “Vencedores” desde la plaza de San Francisco hasta la Encillada, formando el cinturón que defendía a Tulcán, apoyada con otra fuerza del “Pichincha” N° 1.

“En el Cementerio y Las Gradass se situó la Artillería con destacamentos de la Columna “Alfaro”, y del “Pichincha”, con objetivo Chapués.

“A las 5 y media a.m. el oficial de la avanzada del frente norte, pidió refuerzos de hombres y municiones, entonces el Comandante Troncoso avanzó a la Ollería con el Ayudante Federico S. Guerrón, llevando el refuerzo pedido que se dividió en dos guerrillas, quedándose

en una casita intermedia para dar y recibir órdenes; el tiroteo siguió vivo ya que sólo se combatía en ese sector, haciendo frente al enemigo que avanzaba de Rumichaca, apoyado por las guerrillas de Puenes. En ese entonces venían a tomar noticias el Coronel Mata, el Comandante Abad y el Mayor Kennedy. A las 8 a.m. se rompen los fuegos con los del "Carchi" y "Pichincha" que guardan el Bramadero o Tajamar; a las 9 y media arreció el fuego y a las 10 a.m. el Coronel Echeverría manda al Capitán Tejada con nuevo refuerzo del "Carchi", 50 hombres, que ya no pudo formar como sostén en la Ollería, pues nuestras guerrillas de avanzada se replegaban ante la imperiosa carga de los Batallones colombianos: "Pasto" N° 1 y 2 de vanguardia, un total de más de 600 hombres. Entonces, todos nos replegamos a Tulcán, como estaba convenido. Los "pupos" por las zanjias que flanqueaban el camino hasta llegar a nuestras defensas de Tulcán, en San Francisco; aquí se hizo fuerte ya que el "Vencedores" N° 1 convenientemente parapetado esperaba a los invasores que a la carga creyeron ocuparían a la heroica Tulcán. A la primera descarga cayeron muchos enemigos y así se prosiguió; en vista de semejante rechazo cejaron y principió su derrota que fue perseguida por los del N° 1 y en el Ejido Norte por los "pupos" del "Carchi" N° 7 y "Pichincha". Esta persecución les obligó a repasar Rumichaca dejando el campo cubierto de muertos y heridos, teniendo nosotros que lamentar la muerte del Mayor Ibáñez, bogotano, compañero del pastuso Mata.

"A las 11 se rompieron los fuegos en el flanco izquierdo "La Er-sillada".

"El Coronel Echeverría con sus ayudantes había ido a inspeccionar nuestras posiciones en ese quebrado sector, y el Comandante Troncoso pasó al Cementerio a cuyo costado funcionaba el cañón; se combatía reciamente, logrando los invasores pasar el Tajamar y principiar a ascender la colina, la que estaba defendida por un fuerte destacamento de la Columna "Alfaro" y guerrillas del "Pichincha", que los detuvieron en su audaz intento y se los rechazó, entrando a la línea de combate hasta el personal de servicio de la pieza de Artillería. Se agotaban las municiones y en esas angustias las valerosas "pupas" repartían el parque llevando en las polleras los cartuchos a sus maridos y parientes. El combate duró en este flanco hasta las 3 y media de la tarde, declarán-



dose la derrota de los contrarios a quienes se les obligó a repasar el riachuelo y se dispersaron en Chapués toda la gente de guerra que había traído Sarasti y sus compañeros, más de 1.000 hombres.

“En la Ensilada se combatía furiosamente, como que en ese lugar se habían concentrado los Generales colombianos, ya nombrados, con más de 3.000 hombres veteranos.

“Mila Arellano, hija del General Rafael, la valiente guerrillera “pupa, había reunido unos guardas de Aduana de Tulcán y con algunos auxiliares colombianos, les hizo fuego por retaguardia, lo que les dasconcertó y principiaron a retirarse a la vez que nuestros veteranos avanzaban siempre.

“Derrotados los enemigos en el frente y flanco derecho cargamos todas nuestras fuerzas sobre la Ensilada: los fuegos eran vivísimos y sostenidos; aquí combatieron todos hasta los Oficiales licenciados como Julio Martínez que combatió venido de Huaca en las guerrillas de la Columna “Alfaro”, al mando de los Capitanes Ezequiel Borja y Euclides Romo. A las 5 p.m. principió la derrota y a las 5 y medía de la tarde todo estaba concluído: tal fue la Batalla de Tulcán el 22 de Mayo del año de 1900.

“Se dijo que cuando el Dr. Aparicio Ribadeneira supo en Pasto el desastre de Tulcán, exclamó: “Caracoles, nos fregamos, ya no se le podrá vencer a Alfaro.”...y luego añadió: “se perdió todo; pero al menos nos desquitamos de las locuras de García Moreno en Tulcán y Cuaspud”. Nuestro triunfo fue completo: lo dicen 500 cadáveres que quedaron en el campo y más de 400 prisioneros. El cadáver del cura Obando, capellán de las tropas colombianas, fue recogido por los “pupos” y velado en el Cuartel del “Carchi” N° 7. Grato es recordar que a los prisioneros se les racionaba diariamente de orden del General Alfaro, y el pueblo de Tulcán les llevaba comida y cigarrillos; después de pocos días fueron puestos en libertad, como se hizo en Latacunga con los presos de Chimborazo, por lo que los “pupos” le llamaban el General Alfaro “Madre de la Caridad”.

“En esta Batalla todos los Jefes y Oficiales al último soldado supieron cumplir con su deber: todos fueron valientes y abnegados.

“Por las vidriosas relaciones con Colombia, la Superioridad Militar prohibió se elevaran los partes respectivos con sus novedades. Esta

falta de publicidad dejó en el olvido la Batalla más gloriosa y sangrienta de aquella época; y fue la causa para que el Ecuador no conociera los detalles de esta heroica campaña, la más larga de esos tiempos, ni siquiera se publicó en la Memoria de Guerra la relación de estos sucesos como era costumbre oficial.

“A las 6 de la tarde del ya célebre 22 de Mayo, en la Jefatura de Operaciones estábamos reunidos, todos los Jefes, refiriendo las diversas situaciones en las que nos habíamos encontrado y nos felicitamos por tan feliz acontecimiento, que el enemigo lo creyó suyo, comunicando a Quito su triunfo que se les tornó en semejante derrota!!!”

Naturalmente, esta invasión, como las anteriores, fue reprobada por González Suárez, por cuanto en ningún momento encontró justificable el procedimiento antipatriótico de los revolucionarios conservadores que, con el apoyo de fuerzas colombianas, ensangrentaron el Norte del país, siendo la ciudad de Tulcán la más castigada en esta lucha sin cuartel.

Al respecto, su biógrafo Nicolás Jiménez, indica que era preciso poner una valla a tanto desenfreno, un dique a esa tormenta inacabable de invasiones, atacando en su origen las causas alegadas y los motivos que se hacían valer como anzuelo de enganche para voluntarios de la revolución.

Dice: “El Ilustrísimo señor González Suárez iba, en tales momentos y en esas circunstancias, a abandonar por algún tiempo su Diócesis para tomar parte en las solemnidades fúnebres en honor de Sucre. Temió que su ausencia alentara a los invasores y acaso hiciera olvidar sus deberes a algunos eclesiásticos de Imbabura y el Carchi. Entonces, con pleno conocimiento de lo que decía, con esa madura deliberación que precedía a todos sus actos y escritos, medidas y escogidas las frases y palabras, y bien ordenada y clara la doctrina, escribió, con destino a la publicidad, la famosa carta a su Vicario. (Nicolás Jiménez. Federico González Suárez).

He aquí su memorable documento:

"Señor doctor don Alejandro Pasquel,  
Canónigo Doctoral y Vicario de la Diócesis de Ibarra.  
Presente.

Señor Vicario General:

"Antes de ausentarme de esta ciudad quiero recomendar a Ud. una vez más, la regla de conducta que he trazado a nuestro Clero en las presentes circunstancias.

"Nuestros sacerdotes se han de mantener muy por encima de todo partido político, no se han de enrolar en ninguno, sea el que fuere, ni han de hacer jamás los intereses de la Religión solidarios a los de un partido político, llámese este como se llamare. Cooperar, de un modo o de otro, a la invasión colombiana, sería un crimen de lesa patria: **y nosotros los eclesiásticos, no debemos nunca sacrificar la Patria para salvar a la Religión:** el patriotismo es virtud cristiana y, por lo mismo, muy propia de sacerdotes. La invasión colombiana no contribuiría de ningún modo al bien de la Religión; **y aunque contribuyera, no nos sería lícito cooperar a ella, pues no se han de hacer males para que vengan bienes:** y ya he dicho que la cooperación a la invasión colombiana es un crimen de lesa patria. Deploro la guerra civil de Colombia, y condeno todo cuanto contribuyera a quebrantar la estricta neutralidad que se debe guardar entre el Ecuador y Colombia.

"Nuestros sacerdotes han de trabajar por la paz; y yo, como Prelado, les impongo el deber de trabajar porque la tranquilidad pública no se perturbe: amemos la paz y procuremos que reine la paz. La guerra es un flagelo divino, y la Iglesia nos manda considerarlo como tal. "Bien preveo que, por este mi modo de pensar, he de ser calificado de hereje, de impío, de apóstata y espero que de esta carta se armarán como de una prueba irrefragable los que me condenan como liberal y enemigo de la causa de Dios, pero no mudaré nunca de parecer.

"En mi Diócesis soy yo tan Obispo como lo es cualquiera otro Obispo católico en la suya; y no son mis fieles los que me han de dirigir a mí, sino yo soy quien les

a de aconsejar y dirigir a ellos. Si les parece que estoy errado, acudan al Papa, denuncien mi conducta y acúsenme: La Santa Sede fallará. En todo lo que atañe a los intereses de la Religión yo soy el Director y el maestro para mis diocesanos: yo condeno las revoluciones y tengo a la guerra civil como el mayor de los males sociales. Hasta ahora he sobrellevado con paciencia, en el más profundo silencio, las calumnias, los ultrajes de los que no aciertan a encontrar más arbitrio que a revolución y la guerra civil, para defender, como ellos dicen, la Religión: ahora protesto contra mis calumniadores y exijo de mis sacerdotes la obediencia y el sometimiento a la dirección de su Prelado.

“Dios Nuestro Señor guarde a Ud.

-|- FEDERICO

Obispo de Ibarra

Ibarra, a 31 de Mayo de 1900”

Ese documento inesperado —explica Jiménez— fue acogido con admiración y hasta con delirio por el Gobierno y el Partido Liberal, que veía en él una fuerza como de ejército triunfante, y fue censurado, y combatido y atacado con sin igual rudeza por quienes lo consideraban como una condenación abrumadora de su conducta y como la derrota inflingida a sus pretenciones.

Efectivamente, el ataque de los adversarios al Obispo de Ibarra adquirió increíble grosería en los folletos y hojas sueltas escritos con ideas completamente erróneas acerca de la religión, de la política, del respeto debido a los Prelados, demostrando una intransigencia igual a su ignorancia.

En uno de esos folletos editados en Pasto, que circuló en Tulcán, los firmantes se atrevieron a calificar a González Suárez de “turiferario del crimen”, a él, al sabio Obispo, al apóstol de la paz... Pasados unos tiempos, aquellas irreflexibles gentes pidieron perdón con muestras de rendida sumisión y arrepentimiento. Hay la versión de que fueron llamados a Ibarra y como penitencia les impuso el Obispo que entraran de rodillas al templo, desde la puerta de la Catedral hasta el altar ma-

yor, que sólo así quedaron perdonados los firmantes de aquel folleto indigno de verdaderos cristianos, desviados por la iracundia de la lucha civil.

A principios de Julio del mismo año, el General Rafael Arellano había vuelto de Quito a Tulcán, sin embargo el ejército ecuatoriano seguía al mando del Coronel Echeverría, con sus bravos militares Elías Troncoso, Miguel Aristizábal, Juan Francisco Navarro, Aparicio Burbano Mejía, Jorge Narváez, Federico S. Guerrón y otros.

En esa ocasión el Coronel Echeverría convino con los jefes emigrados y revolucionarios colombianos en un gran movimiento, mediante el cual 800 hombres debían ocupar Puenes para la toma de la codiciada Ipiales. Al efecto, la mitad del ejército ecuatoriano llamaría la atención por el lado de Rumichaca. Cual la sorpresa del Coronel Echeverría —anota Troncoso—, que apenas rotos los fuegos, sin un sostén suficiente, retrocedieron y todo el fuerte del combate lo soportó nuestra tropa en Rumichaca. La lucha fue tenaz y sangrienta por muchas horas, durante las cuales pasaron los ecuatorianos unas tantas veces el puente, pero volvieron a su campamento rechazados otras tantas veces por los valientes que lo defendían, dejando en el campo un hacinamiento de cadáveres y regueros de sangre. Esta acción tuvo lugar el 21 de Julio, y allí las fuerzas ecuatorianas sufrieron más bajas que en el combate del 22 de Mayo de Tulcán. Y con gran espíritu comprensivo de parte y parte, procedieron al canje de prisioneros en el puente de Rumichaca, saldando así mayores complicaciones.

Desde Diciembre de 1900, luego de sortear breves acciones de armas, los revolucionarios colombianos pasaron a ocupar cuarteles de invierno en Puntal, Ibarra, Otavalo y Quito, abrumados acaso por los reveses en su lucha ideológica en el Sur de su propio país.

El General Avelino Rosas, héroe de la guerra de Cuba y quien vino a luchar en las filas del liberalismo de su patria, emprendió la ardua tarea de reorganizar las fuerzas revolucionarias colombianas bastante tarde, desde luego, para esperar algún resultado favorable. Escogió como campo de concentración la banda oriental de Ipiales y su objetivo era la toma de la ciudad de Pasto; pero después de varios encuentros con las tropas gobiernistas, el último combate tuvo lugar en Puenes y Tescual, donde cayó herido el bravo General Rosas, y fue

asesinado en la forma más aleposa y cobarde, según testimonios de Leonidas Coral, a fines de Septiembre de 1901.

El famoso caudillo liberal colombiano Avelino Rosas contó en todo momento con la leal compañía de sus Ayudantes Daniel Regalado, Atanasio Burbano y Abel Rosero, oficiales tulcanes que estuvieron hasta el fin de la revolución en el Sur de Colombia, y que allá la titulan la Guerra de los Mil Días.

Como el General Alfaro terminó su administración el 31 de Agosto de 1901, y el nuevo Presidente General Leonidas Plaza retiró el auxilio a los revolucionarios liberales colombianos, advino de hecho un período de paz en toda la República. Por lo mismo, no se volvió a hablar de la Gran Colombia Liberal, proyectada en sus aspiraciones idealistas por el Viejo Luchador.

En el largo y azaroso tiempo de luchas por la guerra civil y religiosa, la frontera Norte se convirtió en un inmenso campamento. Se atizó por parte de los vencidos y con exagerada pasión un odioso fanatismo, el que, naturalmente, era producto neto de su rechazo al **Pacto de Amapala**, tan combatido por el Gobierno conservador colombiano en defensa y por su propia estabilidad. En cambio, esta situación despertó en los vencedores, especialmente después de haber desbaratado la invasión del 22 de Mayo en Tulcán, que — como indicamos, fue una gran batalla de guerra internacional no declarada—, un tremendo sentimiento anticlerical que fácilmente trascendió al pueblo del Carchi, junto con la orgullosa satisfacción de haber derrotado a muy superiores fuerzas colombianas que hollaron el territorio de la Patria.

Es lamentable, desde luego, que este importante capítulo de la historia registrado en el Norte de la República, estrechamente vinculado a las invasiones porfiadas de los jefes ecuatorianos desde su cuartel general de Pasto, y la intervención del Gobierno del General Alfaro en la Guerra de los Mil Días de Colombia, no conste en los libros de Historia del Ecuador, lo cual constituye un gran vacío que es necesario repararlo con toda la urgencia del caso.